

pared. Entonces el emperador dirigió á Cortés un discurso que fué en el acto traducido por Marina y en el que fueron muy notables estas palabras: "unos te habrán dicho que yo provengo de la estirpe de los dioses, y otros que soy un tirano orgulloso y sanguinario; ambas cosas son mentira." En seguida distribuyó algunos regalos á los españoles que estaban presentes, y dando por terminada la visita, se volvió á su palacio.

El día siguiente le pagó Cortés la visita, presentándose en la residencia imperial acompañado de sus principales oficiales. Esta vez la conversacion duró mas tiempo y giró sobre los usos y costumbres de los europeos. Cortés satisfizo á las repetidas preguntas del emperador; pero haciendo que recayese el coloquio sobre punto de religion, y mostrándose horrorizado de los sacrificios humanos, así como de la costumbre establecida en Méjico de comerse los prisioneros de guerra. Al fin consiguió que Motezuma le prometiese desterrar de su mesa la carne humana.

Conforme ya se ha dicho, la nacion mejicana consideraba los sacrificios humanos como el homenaje mas grato á sus ídolos. Muchas veces la guerra que se hacia á los pueblos vecinos, no tenia mas objeto que el de procurarse prisioneros para sacrificarlos en los altares de los dioses y comérselos despues.

Solian á veces sacrificarse mil víctimas en un mismo día; algunos historiadores hacen subir este nú-

III.

Visita de Motezuma á Cortés.—Sacrificios humanos.— Muerte de Escalante, gobernador de Veracruz.— Motezuma es llevado prisionero al cuartel de los españoles.—Suplicio de Qualpopoca y de sus hijos.—Tentativa de Cortés contra los ídolos.—Proyectos de rebelion contra los españoles.—Situacion crítica de Cortés.—Narvaez viene contra él.—Cortés sale de Méjico y marcha en busca de su enemigo.

AQUELLA misma noche fué Cortés visitado por el emperador que traia un magnífico acompañamiento. Despues de las ordinarias atenciones de cortesía, el monarca y Cortés tomaron asiento familiarmente uno al lado del otro, mientras que la comitiva de Motezuma y los españoles estaban de pié junto á la

mero á veinticinco mil (1). Si durante una larga paz, faltaban prisioneros que degollar, los sacerdotes representaban al emperador que los dioses tenían hambre, y entonces el monarca mandaba publicar en todos sus dominios que los dioses querían tener un banquete, que era lo mismo que declarar una guerra general á todos los pueblos vecinos.

Cuando suficiente número de prisioneros había caído en poder de los mejicanos, eran conducidas las víctimas al atrio del templo. Poco despues llegaba un sacrificador revestido con una túnica blanca, llevando en sus manos un idolillo, hecho con harina de cebada y miel, el que tenía los ojos verdes y los dientes amarillos. Subiéndose sobre una piedra que le permitía asomarse por encima de la pared, presentaba aquella horrible figura á cada uno de los prisioneros, gritándole: "¡He aquí á tu dios!" Bajándose en seguida marchaba á la cabeza de los prisioneros, hácia el sitio en que los esperaban los otros sacrificadores. El director de estas execrables ceremonias se llamaba el Topilzin; su vestido muy largo, estaba guarnecido con pedazos de tela encarnada, llevaba en la cabeza una corona

[1] Este número deberá entenderse en un año, y aun en este periodo de tiempo el cálculo es excesivo. Nuestro grave historiador Solís, que mas bien peca de exagerado en sus narraciones, no hace subir el número de víctimas mas que á veinte mil.—(Nota del traductor.)

de plumas verdes y amarillas, y le colgaban de las orejas y del labio inferior, unos arillos de oro en que había engastadas piedras verdes. Su rostro era negro como el azabache, y tenía en la mano un cuchillo formado con un pedernal ancho y punzante. Le asistían otros cinco sacerdotes, cada uno con sus funciones particulares, y se inmolaban los prisioneros sobre una ancha losa.

Apartemos la vista de este horrible cuadro de una bárbara superstición y veamos cómo Cortés va á salir de la posición peligrosa en que le ha colocado su audaz empresa, pues no tardó en conocer que tanto él como su ejército, se hallaban en cierto modo á merced de un pueblo innumerable y de un príncipe cuyo afecto le parecía poco sincero.

Los avisos que le daban los tlaxcaltecas, sus exhortaciones incesantes para que desconfiase de Motezuma, habían en fin hecho conocer al general español los peligros de su posición. Bastaba en efecto cortar los puentes de las calzadas, para dejarle enteramente separado de tierra, y en este caso ¿cómo hubiera podido resistir á los ataques de un pueblo entero, que hubiera concluido por aniquilar aquel puñado de extranjeros á pesar de su valor? Un suceso lamentable acaecido en Veraeruz aumentó todavía mas la inquietud de Cortés. Supo que despues de su partida, un general americano, llamado Qualpopoca, había acometido á los pueblos que bajo la protección de los españoles habían sacudido el yugo de Motezuma; que Escalante, gober-

nador de Veracruz, había querido socorrer á sus aliados, y que había quedado herido de muerte en una batalla contra Qualpopoca; que siete españoles habían perecido, y que otro hecho prisionero, había sido muerto por los mejicanos. Cortés supo además, que la cabeza de este soldado había sido llevada en triunfo por las diferentes ciudades del imperio, para probar que los españoles no eran inmortales, y que despues este sangriento trofeo había sido enviado á Méjico.

Otros datos no le dejaron duda de las intenciones hostiles de los mejicanos: algunos fieles tlaxcaltecas le informaron de que los principales ministros del emperador, hacia algun tiempo que tenian conferencias secretas, en las que tramaba una conspiracion contra los españoles: Cortés tomó una resolucion atrevida, decisiva, que comunicó á sus oficiales insistiendo en la necesidad de su pronta ejecucion. Se trataba nada menos que de apoderarse de la persona de Motezuma: en una palabra, llevársele preso, como una prenda que garantizaba la seguridad del ejército español y de su jefe.

Cortés se valió tan pronto de buenas razones como de amenazas, para determinar al emperador á que pasase al cuartel de los españoles. El emperador se mantenía inflexible, hasta que el jóven oficial español, Velazquez de Leon, exclamó con gesto amenazador: "¿Para qué son tantos miramientos? ¡Apoderémonos de ese hombre á la fuerza, ó matémosle si se atreve á resistir!" Motezuma preguntó

al intérprete qué significaban aquellas palabras tan coléricamente pronunciadas, y Marina al esplicárselas, tuvo cuidado de insinuarle que era perdido si no se sometia inmediatamente á la voluntad de Cortés. Entonces aquel príncipe, que al principio había manifestado alguna energía, cayó en un profundo abatimiento. Temblando por su vida, se resignó á seguir á Cortés, anunciándole que estaba pronto á ir al cuartel de los españoles.

Cortés procuró hacer mas llevadero el cautiverio del monarca, permitiendo á sus principales funcionarios que viniesen á visitarle; no obstante, bajo pretesto de evitar confusion, no permitia que se reuniese gran número de visitas en el aposento de Motezuma. En cuanto á éste, continuó manifestándose alegre, para engañar á sus vasallos y no dejarles sospechar el oprobio de su situacion. Fiel á este sistema de disimulo, manifestaba el mayor cariño á los españoles, sin embargo de que realmente eran sus carceleros.

Durante estos sucesos, Qualpopoca, su hijo y cinco de sus capitanes, llegaron á Méjico en virtud de la órden dada por Motezuma. Este, que persistia en sostener que había obrado contra sus instrucciones, los abandonó á la justicia de los españoles. Formóseles un consejo de guerra ante el cual aquellos infelices prestaron las mas explícitas delaraciones, y en consecuencia fueron sentenciados á ser quemados vivos. Hasta entonces habían tomado sobre sí la responsabilidad de su conducta, esfor-

zándose por disculpar á su soberano; pero su valerosa lealtad se desmintió á vista del suplicio, declarando antes de morir que habian obedecido á las órdenes de Motezuma.

Apenas hicieron esta confesion, mandó Cortés que los llevasen al sitio en que habia de cumplirse la sentencia, y acompañado de oficiales y un soldado que llevaba unos grillos, se presentó en la habitacion de Motezuma. "Los culpables, le dijo, han declarado al fin que habeis sido la causa del crimen cometido por orden vuestra: la justicia exige que seais castigado como ellos." Apenas dijo estas palabras, salió sin esperar respuesta, haciendo seña al soldado de que pusiese los grillos á Motezuma. No opuso éste resistencia á la humillacion vergonzosa que le hacian sufrir, lo que por otra parte de poco le hubiera servido; antes figurándose que tambien iban á conducirlo al suplicio, se abandonó á una violenta desesperacion.

Cuando los sentenciados exhalaban el último suspiro, Cortés volvió á presentarse á Motezuma y le dijo: "Ahora ya queda satisfecha la justicia, y la muerte de los cómplices ha expiado vuestro crimen." En seguida mandó que le quitasen los grillos, lo que hizo pasar á Motezuma desde la desesperacion á la mas viva alegría, dando las gracias y abrazando á Cortés como á su libertador.

El poder de los españoles parecia suficientemente asegurado en Méjico; pero el prudente Cortés se consideraba como encerrado en una isla, y discurre-

ria sin cesar el medio de abrirse paso para salir de la capital, aun en el caso en que los mejicanos llegasen á romper los diques y calzadas. Así en sus coloquios con Motezuma, le hablaba con frecuencia de la construccion extraordinaria de los navios europeos, á ver si escitaba su curiosidad y manifestaba deseos de contemplar tan maravillosas embarcaciones. Habiendo al fin Motezuma manifestado este deseo, Cortés le prometió procurarle esta satisfaccion, y por orden del emperador se enviaron suficientes indios de carga á Veracruz, para trasportar hasta Méjico los restos que aun se conservaban de los navios españoles. Otros obreros fueron á cortar en los vecinos bosques las maderas necesarias, y en poco tiempo quedaron contruidos dos bergantines, en los que algunas veces salia á paseo el monarca enajenado de gozo. El general español se aprovechaba de estos paseos para estudiar la situacion del lago y de todas sus cercanías.

Conforme ya se ha visto, Motezuma se habia manifestado muy dócil á las exigencias de Cortés; pero cierto dia le envió á llamar, y Cortés, que no ignoraba las secretas entrevistas de su prisionero con los sacerdotes y los principales de la nacion, tomó las precauciones que autorizaba su justa desconfianza, presentándose á Motezuma con doce de sus mas valientes compañeros. El aire sombrío que advirtió en el semblante del monarca, le confirmó en sus sospechas; pero mayor fué su asombro cuando Motezuma cogiéndole de la mano, le dijo con voz casi

amenazadora: "Que esperaba dispusiese cuanto antes su partida, supuesto que ya habia desempeñado la comision que su monarca le habia confiado." Era la primera vez que el emperador se espresaba con tanta firmeza y resolucion.

Cortés se volvió al instante hácia uno de los oficiales que le acompañaban, y le dió secretamente la orden de poner la tropa sobre las armas; despues sin manifestar la menor turbacion, respondió á Motezuma, que deseaba vivamente el volver á su patria; pero que tenia necesidad para ejecutarlo de construir algunos navíos que sustituyesen á los que habian sido destruidos; que por lo tanto suplicaba al monarca diese órdenes para que los españoles fuesen ayudados en este trabajo largo y difícil.

Motezuma al escuchar estas palabras, hizo tales demostraciones de alegría, que no dejaron duda ninguna á Cortés de cuáles eran las disposiciones del monarca y de su pueblo: el emperador saltó al cuello del general, abrazándole una y mas veces, y asegurándole que los mejicanos y sus dioses quedarian igualmente satisfechos de aquella declaracion, porque pedian con la misma impaciencia la salida de los extranjeros. Cortés conoció cuánta astucia era menester para salir de aquel compromiso y evitar los peligros que le amenazaban: continuó disimulando sus verdaderas intenciones, y despues de haber dado públicamente y en voz alta la orden de construir los navíos, encargó á los carpinteros españoles que trabajasen con escesiva lentitud, para dar tiem-

po que llegasen los refuerzos que esperaba de España.

Ocurrió por entonces el acontecimiento que mejor puso á prueba la intrepidez de Cortés y que estuvo á pique de arruinar su prosperidad. Cierta dia, Motezuma le avisó que tenia una noticia muy importante que comunicarle, y cuando el general español se presentó á saberla, desarrolló una tela de algodón, en la que estaban pintadas á la manera de los mejicanos, diez y ocho embarcaciones europeas. El correo que habia traido aquel cuadro al emperador, declaraba que todas aquellas embarcaciones estaban ancladas en la costa.

Esta noticia colmó de alegría á Cortés, figurándose que en aquellos navíos venian los refuerzos que aguardaba, y que al mismo tiempo le traerian el nombramiento en debida forma, de gobernador de todos los países que habia descubierto; pero una carta de Sandoval, gobernador de Veracruz, disipó todas sus ilusiones. Por ella supo que la referida escuadra habia sido equipada por Velazquez, el que habia mandado á Narvaez (1), jefe de la expedicion,

[1] *Pánfilo de Narvaez, natural de Valladolid, hombre ambicioso y de altivo carácter. Pasó con treinta hombres desde la Jamaica á Cuba, y ayudó á Diego Velazquez en la pacificacion de esta isla. Despues fué gran privado del gobernador, que le confió la escuadra.*—(Nota del traductor.)

que hiciese prisioneros á Cortés y todos sus partidarios, y los llevase á Cuba para que fuesen juzgados.

La posicion de Cortés se agravaba de dia en dia, complicándose con nuevas dificultades y nuevos peligros. Si se decidia á marchar en contra de un ejército europeo dos veces mas fuerte que el suyo, le era preciso abandonar á Méjico y abandonándole perdía el fruto de tantos trabajos y de tantos esfuerzos. Por otra parte, ¿qué esperanza podria tener de la victoria, combatiendo con un enemigo que le igualaba en valor y destreza militar y cuyos adelidos no estaban quebrantados con tan prolongadas marchas y tan continuos combates como los de Cortés? Pero si esperaba en Méjico á Narvaez, se esponia á tener dos enemigos con quien combatir, porque los mejicanos no hubieran desperdiciado una ocasion tan favorable á sus deseos y á sus proyectos de venganza. ¿Deberia desarmar la cólera de Velazquez con una sumision voluntaria y entregar su cabeza á los jueces de Cuba, harto dispuestos á sacrificar un rival á la envidia y rencor del gobernador?

Pero las mas desconsoladoras noticias se sucedian y se multiplicaban, anunciándole á cada instante reveses. Supo que un cierto número de sus soldados habia seguido las banderas de Narvaez, y al mismo tiempo, éste hacia publicar que Cortés y sus partidarios, traidores á su soberano, habian sin orden suya declarado la guerra á los mejicanos para

sujetarlos, y que él, Narvaez, venia á castigar este delito, por lo que era preciso que Motezuma le ayudase al justo castigo de los facinerosos que habian invadido sus Estados.

Cortés, viendo que no habia mas remedio que apelar á las armas, se preparó á una lucha desesperada. Dejó á su teniente Alvarado en Méjico con ochenta hombres, encargándole se condujese con la mayor prudencia con los mejicanos y tuviese el mas profundo respeto á Motezuma, que prometió seguir en el alojamiento de los españoles hasta el regreso de Cortés. Tomadas estas disposiciones, salió éste de Méjico, marchando con su pequeña tropa al encuentro del orgulloso Narvaez.

